

Comunicación, televisión y guerra*

Jorge Iván Bonilla Vélez

La cobertura informativa y la visibilidad mediática de los acontecimientos del 11 de septiembre en Nueva York y Washington, así como la posterior campaña militar liderada por los Estados Unidos contra el terrorismo global, son hechos que han generado algunos puntos de debate que no podrían ser subestimados a la hora de preguntarnos por las complejas relaciones entre la comunicación y la guerra en Colombia. A la creciente internacionalización informativa de la “guerra contra el terrorismo” habría que agregarle cierta necesidad de “descolombianizar” la reflexión respecto del rol que desempeñan los periodistas y la esfera pública mediática en el tema de la guerra y la paz, de modo que este ejercicio contribuya a pluralizar preocupaciones y propuestas más locales.

A la guerra civil nuestra, se le ha sumado el interés por seguir los pormenores de la denominada “primera guerra del siglo XXI”. Una guerra que, se advierte -en boca de analistas, políticos, líderes de opinión y militares-, no tardará en llegar al territorio colombiano; no sólo por la vía del renovado pero viejo discurso político-militar de *cero tolerancia contra el terrorismo*, tan oportuno para los “guardianes morales” de la

* Este escrito hace parte de una investigación mayor sobre *Visibilidad mediática y gestión comunicativa de la guerra y la paz en Colombia*, en la que también participan Catalina Montoya como co-investigadora, y Andrea Cadelo, Camilo Tamayo, Ana María Montaña, Marcela Sanabria, Carlos Solano y Alejandro Cepeda como auxiliares de investigación.

ley, el orden y la seguridad, sino también por el camino de una rejuvenecida pero igualmente añeja gestión informativa contra el terrorismo. La misma que, en cabeza de la Comisión Nacional de Televisión, vuelve a considerar la necesidad de formar consensos políticos y expedir normas legales que contemplen la censura de cualquier posibilidad de acceso y visibilidad pública de fuerzas sociales y contra-públicos considerados una amenaza contra la sociedad (tal como hace algunos años lo hiciera el Decreto Ley 181 de 1992, la Ley 104 de 1993 y el Decreto Ley 1902 de 1995 promulgados en nombre de la “guerra contra el narcoterrorismo” y la subversión¹)

Ahora bien, ¿qué relaciones podrían existir entre las guerras más cercanas que vivimos los colombianos y las guerras más lejanas cuyas imágenes nos llegan a través de la televisión y de la información periodística? ¿Qué sentido tiene reflexionar acerca del efecto de “internacionalización” producido por los acontecimientos originados el pasado 11 de septiembre para el periodismo en Colombia y para sus lógicas locales de cubrimiento informativo de la guerra y la paz?

1. Periodistas, políticos y guerreros. Hipótesis y comentarios

A contrapelo del cubrimiento informativo, histórico y atropellado, característico de las actualmente “exitosas” formas de la visibilidad televisiva de la guerra en Colombia, y de unas agendas noticiosas repletas de víctimas locales que sólo saben morir o llorar ante las cámaras de televisión, los públicos mediáticos de este país hemos empezado a “(re)descubrir” -así como hace diez años lo hicimos con las imágenes procedentes de la Guerra del Golfo Pérsico- que a través de los sistemas informativos también se puede dar cuenta del terror y de la guerra sin mostrar el sufrimiento de las víctimas ni los horrores de la destrucción

1 Decretos promulgados durante los gobiernos de los presidentes César Gaviria y Ernesto Samper. Contenían artículos específicos que prohibían la difusión total o parcial, a través de los servicios de radio y televisión, de comunicados, declaraciones, pronunciamientos o entrevistas que provinieran de -o que fueran atribuidos a- grupos guerrilleros u organizaciones delincuenciales vinculadas a la subversión o al terrorismo. En 1996, los artículos referidos a la prohibición informativa fueron declarados inconstitucionales por la Corte Constitucional mediante la sentencia C-45.

masiva. Y lo advertimos, gracias a las imágenes de cero visibilidad de la muerte y la tragedia provenientes de algunas de las estaciones de televisión de alcance más global como CNN (y demás *networks* que “transmiten” desde suelo estadounidense como CBS, NBC y ABC), para citar el caso más emblemático de este nuevo modelo de administrar la información-mundo.

¿No fue esto acaso lo que tuvimos oportunidad de apreciar en las transmisiones televisadas *en vivo* durante más de 48 horas en torno a los hechos ocurridos el 11 de septiembre? ¿No es esto lo que hoy vemos en las imágenes de televisión que muestran la impecable precisión -y los “escasos daños colaterales”- de los armamentos inteligentes disparados desde aviones y portaaviones sobre “objetivos” predeterminados por tecnologías, también inteligentes, en Kabul, Kandahar y otros lugares de Afganistán? ¿No asistimos acaso a una esfera pública cuya gestión noticiosa de la guerra se caracteriza por alimentar una vieja consigna que, a fuerza de repetirse por políticos y guerreros de todo tipo, ha terminado por convertirse en un imperativo de alcance global: no mostrar los horrores de la guerra y restringir al máximo la presencia en el debate público de voces diferentes -y disidentes- a las del “saber experto” de una elite político-militar que organiza, planea y conduce las operaciones bélicas en el campo físico de la guerra, pero también en las mentes y corazones de la humanidad?

Estas preguntas suscitan varias reflexiones: Que la mayoría de las imágenes de televisión que le dieron la vuelta al mundo sobre los acontecimientos del 11 de septiembre no se hubiesen regodeado con el sufrimiento ajeno, es un muestra de sobriedad periodística que se debe resaltar. Que aparte de las imágenes -mil veces repetidas- de los aviones enclavados en las torres del World Trade Center, no se hubiera exacerbado el horror de la tragedia (¿más?) es, hay que admitirlo, un ejemplo de responsabilidad periodística apoyada en unos consensos necesarios que, culturas informativas de larga tradición como la anglosajona, han ido consolidando sobre los límites de la información frente a la tragedia humana.

En principio, aquellas muestras de sobriedad y responsabilidad permiten por lo menos desmitificar la manida justificación de los *paterfamilias* del periodismo televisivo colombiano según la cual son “las lógicas del directo” televisivo, con sus *flay away* y transmisiones satelitales, las que

obligan a los periodistas, por la premura del tiempo, a incurrir en “errores” e imprecisiones en la información y las que ocasionan una actitud de irrespeto por la dignidad de víctimas, dolientes, testigos, entrevistados o fuentes noticiosas.²

Ojalá aquellos consensos sobre los límites de la información hubiesen puesto a pensar a los periodistas “más visibles” de nuestro país, quienes, por cierto, suelen descargar en el público que los ve y escucha una especie de culpa por la baja calidad de la oferta informativa que producen: “ese es el periodismo que a la gente le gusta”. Unos públicos de la información a los que sólo les estaría permitido disfrutar del *show* acelerado de las noticias, del morbo, de la sangre y de los cadáveres, pues como diría un conocido presentador de noticias, Jorge Alfredo Vargas, eso “va de acuerdo con la manera en que el país ha abordado el periodismo. Menos reflexivo, menos profundo y de menor análisis”.³ Pero ¿es la manera en que el país ha abordado el periodismo? O, lo cual es otra cosa, ¿la manera en la que los periodistas más “exitosos” de este país se han acostumbrado a ejercer el periodismo?.

Ahora bien, aquella cobertura informativa sin muertos, lágrimas, sangre y sudor, o sin el recurrente, para ponerlo en perspectiva local, “usted que sintió cuando se derrumbó la torre 1”, o sin el trillado “dígame algo al país que ahora mismo lo está viendo”, que son tan comunes en las lógicas informativas nacionales (recuérdese, la “carroña noticiosa”, por ejemplo de R.C.N., en el terremoto del eje cafetero), no se encuentra determinada únicamente por la *moral profesional* de un periodismo a prueba de sensacionalismos y distante de los estándares de consumo en serie y de baja calidad. Tampoco es la directa consecuencia de los ideales fundadores de la información en la esfera pública liberal, y de su ya clásica definición del periodismo como “perro guardián” de la democracia, que vigila y denuncia los excesos y arbitrariedades de los poderosos.

2 Arlovich Correa. “Instantaneidad y simulación: el directo televisivo en tiempos de conflicto”. En: María Eugenia García y Arlovich Corea. *Proceso de paz. Ambigüedades de la apertura informativa y directo televisivo*. Cuadernos Ocasionales N° 2. Bogotá, Maestría en Comunicación, Pontificia Universidad Javeriana, 2000, pp. 19-31.

3 *El Tiempo*, 23 de julio de 2000, p. 2-10.

Por eso, más que pasarle la “orden de salida” a transmisiones tipo CNN, que se caracterizaron por su sobriedad y responsabilidad informativa a la hora de mostrar imágenes de intenso dolor y muerte, habría que cuestionar el marcado acento ideológico de “cero visibilidad del horror” con que están construidas estas imágenes, así como su persistente indexación a las agendas públicas gubernamentales que han lanzado el “contraataque al terrorismo”. Habría que indagar por un tipo de transmisión televisiva que se torna “gobiernista”, no porque sus informaciones hablen bien o mal del gobierno, sino porque la mayoría aplastante de voces e imágenes que aparecen en la pantalla de estas cadenas de televisión global son las de los expertos, especialistas, analistas militares, políticos y guerreros del *establishment* (no sólo estadounidense, sino también de la coalición).

En la guerra -como en el terrorismo- hay variantes de decisión informativa y visibilidad mediática más complejas, que desbordan la sola invocación de la responsabilidad social del periodismo. No basta entonces con aplaudir la cero visibilidad informativa y mediática del horror, y a partir de allí ofrecer lecciones de periodismo deseable, válido para todos los contextos y todos los conflictos. A las decisiones que se toman en torno a invisibilidad del horror no se llega exclusivamente por los caminos de la responsabilidad social de la información.

No se trata de desvalorizar el modelo periodístico que más ha reivindicado esa responsabilidad, sino de advertir que las amenazas que hoy se ciernen sobre la posibilidad de contar con una esfera de visibilidad y debate público sobre la guerra, no proviene únicamente de los modelos cada vez más “exitosos” del sensacionalismo informativo, y sus orientaciones hacia la exageración, la ironía, el escepticismo y el entretenimiento de la cultura popular de masas; sino de las nuevas modalidades de administrar la visibilidad pública de la violencia, la guerra y el terror por parte de los “régimenes oficiales -y expertos- de la verdad”.

2. Modelos periodísticos en juego

El modelo informativo que más ha defendido los valores profesionales de la autonomía, la veracidad, la independencia y el compromiso con el “interés común”, y que más ha enarbolado los ideales de “servicio

público”, es el mismo que menos pacta con el dolor, la tragedia y los sucesos sensacionales tan atractivos para el modelo de la llamada prensa popular de masas y su variante de “prensa amarilla”. El respeto por los ideales que dieron surgimiento a la llamada “prensa seria” y que alentaron las propias definiciones de la responsabilidad social del periodismo, ubicándolo como un “foro de debate público” de la democracia,⁴ se manifiesta también en un respeto por el dolor y la intimidad de aquellos que sufren las tragedias de la vida.

En esta concepción de la información periodística existen unos consensos profesionales -y también normativos e ideológicos- contruidos en tiempos largos, que todavía hoy se resisten a claudicar ante las crecientes formas de gestión empresarial de la información propias de la reorganización contemporánea de las industrias mediáticas en el mundo entero. Una reorganización caracterizada por la disolución de las fronteras entre la información y el entretenimiento⁵ o que, para decirlo en otras palabras, han dado nacimiento al fenómeno de alteración cultural denominado “infoentretenimiento” (*infotainment*): mezcla de “temas pesados e intrascendentes, banales o macabros, de argumentación y narración, de tragedias sociales comunicadas en tiempo de *swing* o de clip o narradas como películas de acción”,⁶ y en el que géneros clásicos destinados a profundizar la discusión y estructurar el debate público, compiten y se yuxtaponen, como bien señala Ford, “con géneros cuya función es otra -el caso de la publicidad- o

-
- 4 Jürgen Habermas. *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona, Gustavo Gili, 1981; James Curran. “Mass Media and Democracy. A reappraisal”. En: James Curran and Michael Gurevitch (editors). *Mass Media and Society*. London, Edward Arnold Curran, 1991; Felix Ortega y María Luisa Humanes. *Algo más que periodistas. Sociología de una profesión*. Barcelona, Ariel, 2000; Denis McQuail. “Mass media in the public interest”. En: James Curran and Michael Gurevitch (editors). *Op. cit.*; John Kane. “La democracia y los medios de comunicación”. *Revista Internacional de Ciencias Sociales* No. 129, septiembre de 1991.
- 5 John Fiske. “Television and postmodernism”. En: James Curran and Michael Gurevitch. *Op. cit.*; Anibal Ford. *La marca de la bestia*. Bogotá, Norma, 1999.
- 6 Anibal Ford. *Op. cit.*, pp. 95-96.

que, por su carga narrativa, ingresan más en el ámbito del imaginario social que en el de la opinión pública".⁷

Si hay algo que se ha instalado en el periodismo actual -por cierto no exclusivamente en la llamada "prensa sensacionalista"-, que además se puede palpar en los momentos más agudos de las crisis políticas y en las épocas de mayor incremento de la inseguridad y los miedos ciudadanos, es el desvanecimiento de las líneas divisorias entre la información "dura" y "seria" (dirigida a interpelar a los ciudadanos y, por lo mismo, a promover el uso público de la razón), y aquel otro tipo de saber social destinado a fabricar, como bien lo señala el investigador chileno José Joaquín Brunner, un "mercado de la violencia imaginaria y del miedo, donde la demanda por relatos de crimen y castigo es sostenida por una oferta que responde a ella y la estimula".⁸

A esos consensos referidos a veracidad, autonomía e independencia, les ha correspondido en fin, lidiar con lo que Jonh Langer llama las "otras noticias"⁹ o con lo que Aníbal Ford denomina las "otras mediaciones de la producción *massmediática*"¹⁰ que están en la base de algunos géneros mixtos de información, ficción y entretenimiento como los *talk shows*, "los casos periodísticos", los *spots* publicitarios y la televisión real. Géneros de producción mediática que, como lo sostienen algunos autores,¹¹ no han significado necesariamente una extinción del debate público contemporáneo, ya que hacen parte de procesos más complejos de transformación de la experiencia vital, de la identidad personal y de una recontextualización de las relaciones entre lo público y lo privado. Géneros que han contribuido a ampliar la esfera pública a "otros" temas,

7 Aníbal Ford. *La construcción discursiva de los problemas globales. El multiculturalismo: residuos, commodities y seudofusiones*. Inedito, 2001, pp. 4-5.

8. José Joaquín Brunner. "Política de miedos y medios de la política". En: *Diálogos de la comunicación* No. 49. Lima, Felafacs, octubre de 1997, p. 11.

9 John Langer. *La televisión sensacionalista*. Barcelona, Paidós, 2000.

10 Aníbal Ford. *La construcción discursiva de los problemas globales. El multiculturalismo: residuos, commodities y seudofusiones*. *Op. cit.*

11 Nick Stevenson. *Culturas mediáticas. Teoría social y comunicación masiva*. Buenos Aires, Amorrortu, 1998.

agentes y conflictos excluidos por el “régimen de verdad oficial” y por la palabra autorizada del especialista;¹² pero géneros que no garantizan, por sí mismos, niveles más elevados de debate público pues, como advierte Nick Stevenson, son formas de comunicación que también han sido colonizadas por intereses de dinero y valores de producción caracterizados por el efectismo y la baja calidad.¹³

3. “Zonas de visibilidad pública” de la guerra

No se puede subestimar el hecho de que la guerra no sólo pone en crisis las normas básicas del periodismo liberal como la veracidad, la independencia y la contrastación de puntos de vista, sino que además rompe con uno de los principios fundadores de la democracia moderna que es la eliminación del “poder invisible”, del poder “secreto” y lejano al escrutinio del gran público. A este principio se refiere Norberto Bobbio cuando afirma que lo que “distingue el poder democrático del autocrático es que sólo el primero puede permitir formas de “desocultamiento” por medio de la crítica libre y del derecho de expresión de los diversos puntos de vista”;¹⁴ sólo el primero reconoce el derecho a preguntar “¿Quién controla a los controladores?”. Si no se logra encontrar una respuesta adecuada a esta pregunta, dice Bobbio, “la democracia como advenimiento del gobierno visible, está perdida”.¹⁵

He ahí, precisamente, una de las paradojas de la democracia según Bobbio: enfrentarse a momentos excepcionales de concentración del poder que, como las guerras, reivindican lo invisible. En la medida en que la guerra, en tanto situación excepcional que apela a la violencia organizada, está ligada a decisiones que se toman en el marco de la *Razón de Estado* (lo que al Estado le está permitido hacer) o, en todo caso, en círculos cerrados de élites y expertos que toman decisiones, siempre con la “esperanza de vencer”, en esa medida ella también requiere de zonas opacas de visibilidad pública que habiliten a los

12 Anthony Giddens. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, Alianza, 1993; Ulrich Beck. *La invención de lo político*. Buenos Aires, F.C.E., 1999.

13 Nick Stevenson. *Op. cit.*, pp. 207-210.

14 Norberto Bobbio. *El futuro de la democracia*. México, F.C.E., 1986, p. 80.

15 *Ibid.*, p. 24.

guerreros a “actuar sin ser vistos”, esto es, a matar sin morir, a engañar sin ser engañados, a difamar al enemigo sin que el enemigo pueda hacerlo y a derrumbar la moral y el apoyo público del “otro” sin que el “otro” pueda echar al piso el apoyo público a las acciones propias. Y he ahí una de las paradojas de esta zona de visibilidad opaca que produce la guerra: mientras la gestión informativa en la esfera pública busca hacerla visible, los guerreros intentan, a toda costa, hacer invisibles sus acciones y decisiones (o al menos las que no les favorecen o que, favoreciéndoles, no tienen que someter al “poder visible” del debate público).

De ahí la necesidad de comenzar a indagar por las nuevas formas de saturación y restricción informativas de los “regímenes de verdad”, de los gabinetes de comunicación y circuitos de “relaciones públicas”; por las nuevas formas de gestionar la visibilidad pública de la guerra no sólo en los sistemas y medios de comunicación, sino en los diferentes ámbitos de las esferas públicas locales, nacionales e internacionales.¹⁶ A diferencia de las modalidades de control propias de los regímenes autoritarios, se trata de una gestión político-comunicativa de la guerra que no suele acudir a la represión ni a la censura directas, sino a políticas de desregulación económica y de declinación de las obligaciones de “servicio público”, que favorecen lógicas de gestión privada (grandes corporaciones empresariales mediáticas) y novedosas alianzas de cooperación (*pools* informativos creados entre periodistas, políticos y militares).

4. ¡No más cuerpos muertos ni imágenes de sufrimiento! La gestión comunicativa de la guerra

La cero visibilidad informativa del horror también es consecuencia de los aprendizajes y enseñanzas que han dejado para los ejércitos modernos las guerras que no se ganaron, como la de Vietnam (1965-1975) en el caso estadounidense. La consigna de los nuevos estrategias

16 Ives Michaud. *Violencia y política*. Buenos Aires, Eudema, 1989; Armand Mattelart. *La comunicación mundo*. México, Siglo XXI, 1996; Douglas Kellner. *The Persian Gulf TV War*. Boulder, Westview Press, 1992; Federico Montanari. “Guerra y comunicación”. *Revista de Occidente* No. 232. Madrid, septiembre de 2000.

de la visibilidad pública de las guerras ha sido muy clara: *¡No más Vietnams! ¡No más cuerpos muertos ni imágenes de sufrimiento!* Para el *establishment* político-militar de ese país y aún para periodistas, y núcleos de la opinión pública de otros países, el cubrimiento excesivo y sin restricciones de los medios de comunicación hizo perder la guerra a los Estados Unidos. Los medios se convirtieron en “agentes de la derrota” al ensañarse en la *true horror war*. A esta “cobertura negativa” de la guerra se refería precisamente Samuel Huntington en su análisis sobre las causas de la “ingobernabilidad” en las democracias occidentales:

La guerra de Vietnam, y en menor medida los problemas raciales, han dividido a las elites así como al público de masas (...) La más notoria de las nuevas fuentes de poder nacional han sido los medios nacionales. Es decir, los grandes *networks* de televisión, los grandes *news magazines* y los periódicos de alcance nacional como el *Washington Post* y el *New York Times*. Existe, por ejemplo, un considerable número de evidencias que sugieren que el desarrollo del periodismo televisado ha contribuido a minar la autoridad gubernamental (...) Resumiendo, las informaciones de los televisados funcionan como una agencia *despatriante* (*dispatriating*). Una agencia que describe las condiciones en las que se desarrolla la sociedad como indeseables y yendo de mal en peor.¹⁷

El profesor de la Universidad de California, Daniel Hallin, en un interesante trabajo sobre el rol de la televisión en la guerra de Vietnam,¹⁸ controvierte el doble mito de que, por una parte, la cobertura informativa de la televisión -hasta el punto de saturación- hubiese causado que el público norteamericano se devolviera contra la guerra, y por la otra, el mito de que toda guerra televisada perdería el apoyo del público. En su trabajo sobre Vietnam, Hallin señala que la ruptura del consentimiento belicista y los cambios de la opinión pública, sobre todo a partir de la ofensiva del Tet en 1968, no obedeció al cubrimiento crítico de la televisión -que actuó más como un seguidor (*follower*) que como un líder de opinión-, sino más bien a las fracturas del consenso en la Administración y a los movimientos sociales pro-derechos civiles y antibelicistas.

17 Samuel Huntington, citado por Armand Mattelart. *Op. cit.*, pp. 167-168.

18 Daniel Hallin. *The 'Uncensored war': The media and Vietnam*. New York, Oxford University Press, 1986.

“Hasta bien entrado el colapso del consenso, la cobertura televisiva no empezó a dar un giro; y cuando lo hizo, sólo giró hasta cierto punto”.¹⁹

Las bombas y el *napalm*, los millares de muertos, heridos, mutilados, calcinados, aterrorizados, humillados, ofendidos, huérfanos y demás escenas inenarrables de dolor y destrucción, activaron en todo caso en el pensamiento estratégico de quienes aprendieron las “lecciones” de Vietnam, la misma advertencia que siglos atrás había hecho el Príncipe Alberto al fotógrafo inglés Robert Fenton en su misión de ir a informar sobre la guerra de Crimea (1853-1856), la misma que su colega del *Times*, William Howard Russell, había relatado haciendo énfasis en las muertes y el terror al cólera de los soldados ingleses. La advertencia era contundente: “*nada de cuerpos muertos*”. Como lo menciona Michael Kunczik: “Y Fenton obedeció. Sus fotos presentaban la guerra como una excursión aventurera de jóvenes exploradores o como una especie de fiesta de cacería”.²⁰

O como lo diría el mismo Hallin, al comparar las “lecciones” de Vietnam con las “enseñanzas” de la Guerra del Golfo Pérsico: “Para que una guerra tenga buena prensa, para que represente una experiencia nacional “positiva” es menester que esté acompañada de efusiones patrióticas; también es preciso que sea entablada por máquinas y no por hombres”.²¹

No es gratuito entonces que para los seguidores del pensamiento estratégico, la Guerra del Golfo (1991) haya sido “el mejor reportaje de guerra que nunca hayamos tenido”.²² Para los estrategas de la cero visibilidad pública de los horrores de la guerra, el Golfo Pérsico sería el escenario donde mejor se pondrían en práctica las lecciones aprendidas de Vietnam. Algo de esto era precisamente lo que recomendaba Pat

19 Daniel Hallin, citado por John Thompson. *Los media y la modernidad*. Barcelona, Paidós, 1998, p. 154.

20 Michael Kunczik. *¿Guerra y censura... algo inseparable?* Dusseldorf, Fundación Friedrich Ebert, 1992, p. 13.

21 Daniel Hallin. “Imágenes de guerra en la televisión norteamericana. Vietnam y el Golfo Pérsico”. En: Isabel Veyrat y Daniel Dayan (compiladores). *Espacios públicos en imágenes*. Barcelona, Gedisa, 1997, p. 135.

22. Pete Williams, vocero del Pentágono. Citado por Michael Kunczik. *Op. cit.*, p 28.

Buchanan (primer Director de Comunicaciones de la Casa Blanca en el gobierno de Ronald Reagan) a la administración del presidente George Bush, una vez se inició la ofensiva aérea de la Alianza contra el territorio iraquí:

Hasta ahora, hemos estado esquivando imágenes de las carnicerías creadas por nuestros ataques aéreos. No sería malo si eso continuara así. No tuvimos que sufrir en la II Guerra Mundial al no tener una visión en directo de los horrores de Guadalcanal, Anzio o Normandia.²³

“¿Cómo pudo la esfera pública aprobar el empleo de una fuerza que mató aproximadamente 243.000 iraquíes?”²⁴ A partir de la revisión de algunos trabajos sobre la cobertura informativa de la Guerra del Golfo realizados por autores como D. Kellner, E. Said, D. Morrison y J. Baudrillard, el investigador inglés Nick Stevenson ofrece algunas respuestas a este interrogante. Siguiendo a Said, este autor plantea que tanto los consensos que se construyeron entre la elite político-militar y los periodistas, pero también los controles ejercidos por la elite político-militar a los periodistas, como el estrecho control sobre el diálogo público instituido en el contexto estadounidense, fueron instrumentos efectivos para asegurar el apoyo público a la Guerra del Golfo.²⁵ Así, el control y el consentimiento en torno a un “cierre informativo” que no diera lugar a voces disidentes, minimizará el sufrimiento, no mostrará los horrores de la guerra, no presentará imágenes de destrozos ambientales ni de “bajas” en las tropas enemigas.

A esos propósitos se unió, en el caso de la Guerra del Golfo, la advertencia al público estadounidense sobre la protección a la población más vulnerable frente a las imágenes de los horrores de la guerra: los niños. ¿Qué sentido tenía alertar sobre los efectos nocivos que las imágenes podían producir en las audiencias infantiles, como una –otra– importante razón para construir los consensos necesarios que aseguraran el “cierre informativo” de la guerra? Para Stevenson esto servía a dos objetivos. El primero, expresado por el *establishment* político-militar que

23 *El Guardian*, 24 de enero de 1991. Citado por John B. Thompson. *Op. cit.*, p. 155.

24 Douglas Kellner. Citado por Nick Stevenson. *Op. cit.*, p. 289.

25 Nick Stevenson. *Op. cit.*, p. 258.

deseaba presentar la guerra como limpia y justa, sin mostrar los horrores producidos por las tecnologías de precisión que disparaban a distancia. El segundo, manifestado por unas audiencias adultas que preferían ser protegidas del sufrimiento *visible* de los iraquíes, y que no deseaban que se les recordara que su apoyo a la guerra tenía consecuencias destructivas para los “otros” no-presenciales que habitaban esas lejanías temporales, espaciales y culturales.²⁶

El mantenimiento de una “distancia” entre los espectadores que estaban en su casa y la mala situación de los iraquíes sirve para esconder ideológicamente los sentimientos subjetivos de obligación. Tal como no somos propensos a sentir obligación por los rwandeses si sólo se los presenta como cuerpos moribundos, los procesos de identificación se modifican permanentemente si el “otro” es el objeto de deformaciones racistas y se oculta a la vista su sufrimiento. Si se sigue por esa senda, el deseo de la audiencia de proteger a los niños es en realidad un deseo de protegerse de los sentimientos de duda, ambivalencia y complejidad moral.²⁷

Una reflexión similar a la anterior se puede proponer a propósito de la no emisión, a última hora, del reportaje televisivo *En el verde mar del olvido*, realizado por el periodista Jorge Enrique Botero para el canal Caracol, en octubre del año 2000. En él, Botero mostraba la vida en cautiverio de soldados y policías que desde hacía más de dos años estaban en poder de las FARC en las selvas del sur del país. Uno de los argumentos ofrecidos por el entonces Presidente de la Comisión Nacional de Televisión, Ricardo Lombana, fue alertar sobre los efectos nocivos que las imágenes de crueldad y humillación mostradas por el reportaje podrían tener en las audiencias infantiles. En su explicación a la revista *Semana*, único medio de comunicación que le dio despliegue al tema -llamando la situación como un caso de censura-, Lombana fijó su posición afirmando que nunca se trató de una censura sino de una “invitación patriótica” a las directivas del canal para no emitir el reportaje.²⁸

26 *Ibíd.*, p. 295.

27 *Idem.*

28 *Semana* No. 963. 23 de octubre de 2000, p. 6.

5. De las guerras lejanas, a las guerras cercanas. Un mapa (de comunicación) para la discusión

Ahora bien ¿qué reflexiones podemos extraer para el caso colombiano? En primer lugar, es preciso reconocer que la guerra establece un “régimen comunicativo” de expresión, gestión y visibilidad opaca, en el que los periodistas y los medios de comunicación se convierten en importantes “arenas simbólicas” de lucha por el acceso y la significación de los agentes involucrados en la guerra.²⁹ Esto es, no son los únicos “agentes comunicativos” e instituciones con capacidad de atención, reconocimiento y fijación temática de asuntos relevantes, discursos, historias y relatos en la esfera pública. Periodistas y medios se encuentran en múltiples y complejas relaciones de desigualdad, consenso, censura, control, oposición, autonomía, miedo y ocultamiento, con otros “agentes comunicativos” -grupos e instituciones-, quienes a su vez luchan no sólo por hacerse visibles o invisibles en la esfera pública mediática, sino también por controlar, callar, obligar y administrar la comunicación en tanto recurso escaso y estratégico para la gestión político-militar de la guerra.

En segundo lugar, es necesario reconocer que la cuestión de la comunicación en la guerra -y la paz- en nuestro país, tiene que ver también con la necesidad de problematizar el conjunto más o menos amplio, más o menos restringido, de discursos, narrativas, repertorios, dramaturgias, estrategias y prácticas de comunicación por medio del cual instituciones, grupos, individuos, identidades, proyectos y categorías sociales luchan, compiten y se yuxtaponen, con el fin de acceder, hacerse visibles, ocultarse, expresarse, construir o imponer consensos, y actuar en el entramado multiforme de la esfera pública más “oficial” y mediática, y en el “sub” y “micro” de esferas públicas “no oficiales”.

Esta conceptualización puede ser útil en la medida en que nos ayude a incluir las “zonas grises” por las cuales se mueven muchas de nuestras guerras, conflictos y violencias. De ahí que en lugar de preguntar por los regímenes de visibilidad/invisibilidad de nuestra guerra y de nuestras violencias, desde una preocupación por lo que hacen o dejan de hacer los

29 Gady Wolsfeld. *Media and political conflict. News from the Middle East*. London, Cambridge University, 1997.

periodistas (como si fueran “agentes totalizadores”, por fuera de la historia y más allá de los conflictos), habría que empezar a preguntar por las relaciones y alianzas contingentes que los actores y discursos “más” legítimos establecen con otro tipo de actores y discursos “menos” legítimos en las “macro” y “micro” esferas públicas de la sociedad. ¿Qué tipo de régimen comunicativo es el que allí se configura? ¿Qué consecuencias políticas tendría esto en procesos de reconfiguración democrática de la esfera pública?

Así mismo, lo que habría que comenzar a estudiar y, claro está, a discutir públicamente, es el nuevo sentido político que atraviesa ese “régimen comunicativo” de visibilidad de nuestras tragedias, horrores y dolores construido con relatos mediáticos cargados de banalidad, fragmentación, incertidumbre y espectáculo; al igual que los nuevos modos del miedo -y sus viejas maneras de agenciarlo- que se cuelan en los géneros y formatos aparentemente más débiles -políticamente hablando- del “docudrama”, los *reality shows* y las noticias de farándula que llaman a la resignación, el fatalismo o la retirada.

También habría que empezar a analizar las maneras desiguales en que están distribuidos en nuestra sociedad los “perímetros protectores” de la privacidad y la intimidad, según clases, roles, categorías sociales, raza y cultura.³⁰ Si se es mujer, pobre, campesina, desplazada y viuda, por ejemplo, los riesgos de que la cámara de televisión invada hasta las lágrimas y los rincones más íntimos del sufrimiento serán mucho mayores que si se es hombre, con posición social, trabajo calificado y habitante urbano de barrios residenciales. ¿Qué tipo de narrativas de sufrimiento, dolor, duelo, venganza, reconciliación, perdón y actuación individual y colectiva, son las que subyacen a estos nuevos/viejos procesos de recomposición de la esfera pública y de protección desigual de la intimidad?³¹

30 Roberto Damata. “A propósito de microescenas y macrodramas: notas sobre el problema del espacio y del poder en Brasil”. *Nueva Sociedad* No. 104. Caracas, noviembre-diciembre de 1989; Nancy Fraser. *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*. Bogotá, Siglo del Hombre-Universidad de los Andes, 1997.

31 Maria Eugenia García Raya y Edward Romero. “Las trampas de la aparición. Medios de comunicación y conflictos armado en Colombia”. En: Jorge Bonilla y Gustavo Patiño (editores). *Comunicación y política. Viejos conflictos, nuevos desafíos*. Bogotá, Ceja, Pontificia Universidad Javeriana, 2001.

Se trata, por tanto, de avanzar en un tipo de reflexión y debate que procure incluir, en el campo de la comunicación, las “zonas grises” de la guerra, los conflictos y las violencias de nuestro país.³² Esto nos permitiría preguntar por:

a) Las prácticas y estrategias comunicativas de los actores en situaciones de conflicto y/o confrontación bélica, esto es, sus lenguajes, dispositivos y repertorios de significación (boletines, volantes, grafitis, panfletos, folletos, revistas, páginas *web*, programas de radio y televisión, entre otros); las redes comunicativas de las que hacen uso para movilizar recursos de adhesión, identidad y gestión de la “opinión pública” en zonas de conflicto, o en espacios mediáticos de alcance local, regional, nacional e internacional.

b) Las “macro” o “micro” esferas públicas y los “bordes fronterizos” entre lo público y lo privado, por donde circulan, son apropiados y usados los relatos, los discursos y las visiones de mundo que dotan de sentido a los escenarios de la guerra y de la negociación, de la protesta y de la lucha, de la vida y de la muerte. Esferas y bordes por donde también transitan los juegos de la “opinión pública” y las interacciones comunicativas que establecen los actores en conflicto con sus estrategias de ocultamiento y opacidad propias y de silenciamiento y deslegitimación del “enemigo”.³³

c) Las narrativas del miedo y la sospecha, así como las viejas/nuevas demandas de ley, orden y seguridad que se cuelan en las informaciones periodísticas que dan cuenta de nuestros conflictos y violencias. ¿De qué relatos periodísticos están hechos nuestros miedos e incertidumbres y qué demandas de solución generan? Pero también las narrativas del dolor, el sufrimiento, la memoria y el olvido³⁴ con que están hechos esos

32 Jorge Bonilla. “Campo intelectual y estudios de comunicación. Notas sobre comunicación política y violencia”. En: Pablo Emilio Cañas (editor). *Balance de los estudios sobre violencia en Antioquia*. Medellín, Universidad de Antioquia, 2001.

33 Daniel Pecaut. “Opinión pública, violencia y memoria histórica”. *La Revista de El Espectador*. N° 8. Bogotá, septiembre de 2000.

34 María Eugenia García Raya. *El mito del bien común. Información y conflictos armados*. Bogotá, Universidad Javeriana, 2000. Inédito.

relatos periodísticos, así como sus iconografías y sus tramas visuales de la fatalidad y la resignación que convierten en “primer plano” el dolor de las víctimas y los desposeídos, y simplemente en “plano general” a los victimarios (cuando tienen poder de intimidación).

d) Las rutinas periodísticas y valores profesionales e ideológicos que subyacen en las decisiones para seleccionar, procesar y elaborar noticias -marcos de referencia social- sobre las violencias y los conflictos, la guerra y la paz ¿Qué tipo de cultura profesional hay allí? ¿Cuáles son los *valores-noticia* que se legitiman para hacer noticia la guerra, el conflicto y la violencia?

e) Las “tecnologías de la vigilancia”,³⁵ y su marcado acento no sólo para escudriñar a quienes han de ser observados, disciplinados y juzgados, sino también para “delimitar”, con implacable precisión, sobre todo en ámbitos de la delincuencia urbana, las “guardidas” donde se esconde el criminal, el portador del miedo y la sospecha, así como los territorios del terror de los cuales éste es “amo y señor”, a través de la ubicación estratégica de una cámara de vídeo que lo registra y lo delata. Tecnologías de la vigilancia que habría que analizar también a partir de sus estrechos vínculos no sólo con formatos y géneros televisivos como los *reality shows*, los “docudramas”, el “caso periodístico”,³⁶ sino con los programas institucionales de los aparatos de seguridad de Estado (que han convertido en representación mediática su lucha contra el crimen y el delito) y los mitos informativos vigentes a la hora de dar cuenta de las tecnologías aéreas inteligentes con que se libra la guerra hoy: “el avión fantasma”, “los visores nocturnos”...

f) La gestión mediática de la “opinión pública”, y sus relaciones con el nuevo modelo *sondeocrático* y plebiscitario de administrar la política -y la información-. Modelo de gestión política e informativa donde las desigualdades y los conflictos entre clases y categorías sociales quedan “suspendidas” en el dato prefabricado del saber experto que busca

35 David Lyon. *El ojo electrónico. El auge de la sociedad de la vigilancia*. Madrid, Alianza, 1994.

36 María Cristina Mata. “Entre los márgenes y el centro. Comunicación política de los conflictos sociales”. En: Jorge Bonilla y Gustavo Patiño (editores). *Op. cit.*

respuestas inmediatas que adhieran o rechacen, digan sí o no, exijan pena de muerte, castigo ejemplar, menos derechos y libertades públicas, más orden y seguridad; y donde los políticos y los periodistas se convierten en adicionales “operadores de datos”.³⁷ ¿Qué tipo de operaciones se hacen con esos datos? ¿Qué tipo de gestión de la opinión pública allí se configura?

37 *Idem.*